

CHARLES-AUGUSTIN
SAINTE-BEUVE

RETRATOS
DE MUJERES

PRÓLOGO DE
BENEDETTA CRAVERI

SELECCIÓN Y TRADUCCIÓN DEL
FRANCÉS DE JOSÉ RAMÓN MONREAL

BARCELONA 2016



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Portraits de femmes*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© del prólogo, 2016 by Adele Benedetta Craveri
© de la traducción, 2016 by José Ramón Monreal Salvador
© de esta edición, 2016 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de esta traducción:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-16748-06-8
DEPÓSITO LEGAL: B. I5 137-2016

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2016*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Una declaración de amor por persona interpuesta,</i> de BENEDETTA CRAVERI	7
Madame de Sévigné	19
Madame de Longueville	38
Madame de La Fayette	74
Saint-Évremond y Ninon	115
Madame de Caylus, o de la urbanidad	136
La marquesa Du Deffand	157
Madame Geoffrin	176
Madame de Pompadour	196
Madame d'Épinay	221
Mademoiselle de Lespinasse	241
Madame Roland	261
Madame de Duras	311
Madame de Staël	330
Madame Récamier	414

MADAME DE SÉVIGNÉ

Los críticos, y en particular los extranjeros, que en los últimos tiempos han juzgado con gran severidad nuestros dos siglos literarios, concuerdan en que lo que dominaba en ellos, lo que se reflejaba de mil maneras distintas, lo que les confería más ornato y lustre era el espíritu de conversación y de sociedad, el buen entendimiento de unos y de otros, el talento vivo e independiente de las conveniencias y del ridículo, la ingeniosa delicadeza de los sentimientos, la gracia, la sal y la perfecta cortesía en el lenguaje. Y, efectivamente, vemos allí, con las reservas propias de cada cual, y salvo dos o tres nombres como los de Bossuet y Montesquieu, que se dan ya por sobreentendidos, vemos, hasta 1789 aproximadamente, el carácter distintivo, el rasgo característico de la literatura francesa entre las otras literaturas de Europa. Esta gloria, que poco menos que le ha sido reprochada a nuestra nación, es sumamente fecunda y bastante hermosa para quien sabe comprenderla e interpretarla.

En los inicios del siglo xvii, nuestra civilización, y por ende nuestra lengua y nuestra literatura, no tenían nada de maduro ni de decantado. Europa, al dejar atrás los problemas religiosos y a través de las fases de la guerra de los Treinta Años, alumbraba trabajosamente un nuevo orden político; Francia, en el interior, agotaba su resto de discordias civiles. En la corte, algunos salones, algunas *ruelles** de talentos refinados estaban ya de moda; pero todavía no germinaba nada grande y original, y se vivía hasta la saciedad de las novelas

* Alcobas de ciertas damas de calidad que hacían las veces de salones literarios y mundanos. (*Todas las notas indicadas con asterisco son del traductor*).

españolas y de los sonetos y pastorales de Italia. No sería hasta después de Richelieu y de la Fronda, bajo la Reina Madre y Mazarino, cuando, bruscamente, de las fiestas de Saint-Mandé y de Vaux, de los salones del Hôtel de Rambouillet o de las antecámaras del joven rey salieron, como por milagro, tres espíritus excelentes, tres genios distintamente dotados, pero los tres de un gusto genuino y puro, de una perfecta sencillez, de una feliz fecundidad, nutridos de gracias y de delicadezas naturales, y destinados a inaugurar una época brillante de gloria en la que nadie los ha aventajado. Molière, La Fontaine y Madame de Sévigné pertenecen a una generación literaria que precedió a aquella en la que fueron jefes de filas Racine y Boileau, y se distinguieron de estos últimos por diversos rasgos que dependen a la vez de la naturaleza de sus respectivos genios y de la fecha en que vinieron al mundo.² Se diría que, por la índole de su espíritu, así como por su posición, están más bien cerca de la Francia anterior a Luis XIV, de la vieja lengua y del viejo ingenio francés; que se los ha incluido más que nada por su educación y sus lecturas, y que, aunque son menos apreciados por los extranjeros que otros escritores posteriores, es debido precisamente a lo que su acento y su estilo tienen de íntimo, de indefinible y de encantador para nosotros. Así pues, aunque hoy, y no sin razón, interesa revisar y discutir muchos de los juicios emitidos veinte años atrás por los profesores del Ateneo, y aunque se declarara una guerra sin cuartel a multitud de reputaciones exageradas, no por ello se sería capaz, por el contrario, de venerar y de sostener suficientemente a estos escritores inmortales que, más que ningunos otros, die-

² En una *Mémoire pour servir à l'histoire de la société polie* (1835), Monsieur Roederer ha estudiado de cerca y desenmarañado todo lo que tiene que ver con el Hôtel de Rambouillet en particular, con una devoción y una minuciosidad que no perjudican, en nuestra opinión, ni a la exactitud ni al atractivo de su libro. Se requeriría, sin embargo, por lo que hace a los nombres propios y las fechas, un mayor esmero.

ron a la literatura francesa un carácter original, asegurándole hasta el día de hoy una fisonomía única entre todas las literaturas. Molière tomó del espectáculo de la vida, del animado juego de los defectos, de los vicios y de las ridiculeces de la humanidad todo cuanto cabe concebir de más intenso y de más elevado en poesía. La Fontaine y Madame de Sévigné, en un escenario menos vasto, poseyeron un sentido muy fino y verdadero de las cosas y de la vida de su tiempo, cada uno a su manera. La Fontaine, más próximo a la naturaleza; Madame de Sévigné, más mezclada con la sociedad. Y volcaron tan vivamente este sentimiento exquisito en sus obras, que comparten mercedamente un sitio al lado, o poco menos, de su ilustre contemporáneo. Por el momento no nos ocuparemos más que del estudio de Madame de Sévigné; parece que ya se ha dicho todo acerca de ella; los detalles, efectivamente, están casi agotados, pero creemos que hasta ahora se la ha visto demasiado aisladamente, como se hizo durante mucho tiempo con La Fontaine, con quien guarda tan gran parecido. Hoy, cuando al alejarse de nosotros la sociedad, cuya faz más brillante ella representaba, se perfila claramente ante nuestros ojos en todo su conjunto, es más fácil, al tiempo que se hace más necesario, asignar su rango, su importancia y sus afinidades a Madame de Sévigné. Es indudable que, por culpa de no haber hecho estas observaciones ni haber reparado en la diferencia de los tiempos, muchos espíritus distinguidos de nuestros días parecen muy propensos a juzgar con tanta ligereza y rigor a uno de los más deliciosos genios que hayan existido. Sería motivo de gran alegría si este artículo contribuyera a disipar algunas de estas injustas prevenciones.

Mucho se han criticado los excesos de la Regencia; pero antes de la regencia de Felipe de Orleans hubo otra, no menos disoluta, no menos licenciosa y más atroz aún por la crueldad reinante en ella; fue una especie de transición horrible entre los desmanes de Enrique III y los de Luis XV. Las depravadas costumbres de la Liga incubadas bajo Enrique IV y

Richelieu despertaron al no ser ya contenidas. La corrupción fue por entonces tan monstruosa como lo fuera en tiempos de los *mignons*,* o como lo fue más tarde en el de los *roués*** pero lo que asemeja esta época al siglo XVI y la distingue del XVIII es sobre todo el crimen, los envenenamientos, todas esas costumbres debidas a los Médicis; es el furor insensato de los duelos, herencia de las guerras civiles. Así le parece al lector imparcial la regencia de Ana de Austria; ése es el fondo tenebroso y sangriento sobre el que surgió, en una hermosa mañana, la Fronda, y que se ha dado en llamar un *juego a mano armada*. La conducta de las mujeres de entonces, las más distinguidas por su nacimiento, su belleza y su talento, parece fabulosa; casi habría que creer que los historiadores las han calumniado. Pero, como un exceso lleva siempre a su contrario, el pequeño número de las que escaparon a la corrupción se entregó a la metafísica sentimental y se hicieron *preciosas*. De ahí surgió el Hôtel de Rambouillet.² Éste fue el refugio de las buenas costumbres en el seno de la alta sociedad. En cuanto al buen gusto, se lo encontró también allí a la larga, puesto que Madame de Sévigné salió de ese lugar.

Mademoiselle Marie de Rabutin-Chantal, nacida en 1626, era hija del barón de Chantal, duelista desenfrenado que, un día de Pascua, abandonó la santa misa para ir a servir como padrino al famoso conde de Bouteville. Criada por su tío, el buen abate de Coulanges, había recibido a su debido momento una sólida instrucción; y después, bajo la guía de Chapelain y de Ménage, se dedicó al estudio del latín, del italiano

* Se llamaba *mignon* al favorito afeminado de Enrique III.

** Se llamó así a los compañeros de francachela del regente Felipe de Orleans, que tuvieron la misma conducta en esa época.

² Mucho se ha escrito últimamente sobre el Hôtel de Rambouillet: hay que hacer notar, después de Roederer, cuatro o cinco pequeñas historias o noticias diversas. Me parece que en general se han hecho esfuerzos para darlo por acabado demasiado pronto. Aparece en pleno desarrollo a comienzos de la Regencia (1643-1648).

y del español.³ A los dieciocho años se había casado ya con el marqués de Sévigné, muy poco digno de ella, y que tras haberla desatendido mucho, murió en un duelo hacia el año de 1651. Madame de Sévigné, libre entonces, con un hijo y una hija, no pensó en volver a casarse. Quería con locura a sus hijos, sobre todo a su hija; y las otras pasiones fueron para ella siempre desconocidas. Era una rubia risueña, nada sensual, muy jovial y bromista; los chispazos de su ingenio cruzaban y relucían en sus pupilas cambiantes y, como ella misma dijo, a través de sus «párpados pintarrajeados». Se hizo *preciosa*, y pasó por el mundo amada, solicitada, cortejada,⁴ sembrando en torno a sí pasiones desdichadas, de las que no hacía mucho caso, y conservando generosamente como amigos a los mismos que no deseaba como amantes. Su primo Bussy, su maestro Ménage, el príncipe de Conti, hermano del gran Condé, y el superintendente Fouquet suspiraron de continuo a su lado; pero ella permaneció inviolablemente fiel a este último en su desgracia, y cuando le cuenta el proceso del superintendente a Madame de Pompadour hay que ver con qué afecto se refiere a «nuestro querido desventurado». Joven aún y bella sin pretensiones, se inició en la vida de mundo amando a su hija y sin desear otra felicidad que la de dársela a ésta y verla bri-

³ Los talentos más libres y los más originales no alcanzan la perfección si no han conocido una primera disciplina y no han estudiado una buena *retórica*; Madame de Sévigné la aprendió con Ménage y Chapelain.

⁴ Madame de La Fayette le escribía: «Vuestra presencia contribuye a acrecentar las diversiones, y las diversiones acrecientan vuestra belleza cuando estáis rodeada de ellas; en fin, la alegría es el verdadero estado de vuestra alma, y la tristeza os es más contraria que a nadie en el mundo». Madame de Sévigné tenía lo que podríamos llamar *humor*, en el sentido de *humour*, pero un *buen humor*, coloreado y variado a cada instante por su viva imaginación. Estos chispazos y esta alegría de colores forman a veces como un velo delante de su sensibilidad, que hasta en los momentos luctuosos no puede dejar de mostrarse graciosa: hay que acostumbrarse a verla así. Hay algo de Madame Cornuel en Madame de Sévigné.

llar.⁵ Mademoiselle Sévigné figuraba desde 1663 en los brillantes bailes de Versalles, y el poeta oficial que ocupaba por entonces en la corte el lugar que Racine y Boileau ocuparon desde 1672, Benserade, compuso más de un madrigal en honor de esta «pastora», de esta «ninfa» que una madre idólatra llamaba la «muchacha más bonita de Francia». En 1669, Monsieur de Grignan la obtuvo en matrimonio, y dieciséis meses después se la llevó a Provenza, donde mandaba como teniente general, en ausencia de Monsieur de Vendôme. Desde entonces, separada de su hija, a la que no volvió a ver más que ocasionalmente tras largos intervalos, Madame de Sévigné buscó el consuelo de sus penas en una correspondencia ininterrumpida, que duró hasta su muerte (en 1696), y que abarca unos veinticinco años, exceptuando algunas lagunas fruto del encuentro pasajero de madre e hija. Antes de esta separación de 1671, no hay de Madame de Sévigné más que un reducido número de cartas dirigidas a su primo Bussy, y algunas otras mandadas a Monsieur de Pomponne durante el proceso de Fouquet. Data de esta época lo que sabemos perfectamente de su vida privada, de sus costumbres, de sus lecturas y hasta de las menores agitaciones de la sociedad en la que ella vivía y de la que era su alma.

Y en primer lugar, desde las primeras páginas de esta correspondencia, nos encontramos en un mundo muy distinto

⁵ Hay un retrato encantador de Madame de Sévigné, *de joven*, por el abate Arnauld. Había que tener mucho brillo y color para que pudiera comunicarlos por un momento al estilo de ese digno abate, quien no parece haber poseído, como escritor, todo el talento de su familia. «Fue en este viaje—dice en sus *Mémoires* (1657)—cuando Monsieur de Sévigné me presentó a la ilustre marquesa de Sévigné, su sobrina [...]. Me parece verla aún tal como se presentó ante mí cuando tuve el honor de conocerla, sentada en la testera de su coche abierto, en medio de su hijo y de su hija, que los tres me parecieron la viva estampa que pintan los poetas, y que representa a Latona en medio de Apolo y de Diana (tan armonioso era el grupo de la madre y de los hijos). ¡Qué linda era! ¡Un espíritu, una belleza, una gracia a pleno sol, en un coche abierto, y radiante entre dos hermosas criaturas!...».

del de la Fronda y de la Regencia. Reconocemos que la denominada sociedad francesa había quedado ya constituida. Indudablemente (sin necesidad de recurrir a los numerosos libros de memorias de aquel tiempo, las anécdotas contadas por Madame de Sévigné darían fe de ello), los horribles desórdenes y las torpes orgías se habían transmitido también a esa joven nobleza, a la que Luis XIV impuso como precio de su favor la dignidad, la cortesía y la elegancia; es indudable que, bajo esta superficial brillantez y estos dorados de carrusel, había bastantes vicios para que se desbordasen de nuevo sobre otra Regencia, tanto más cuanto que la mojigatería de fines de este reinado los había hecho fermentar. Pero al menos se respetan las conveniencias; la opinión pública comienza a condenar lo innoble y crapuloso. Además, al mismo tiempo que el desorden y la brutalidad degeneraban en escándalo, el decoro y la distinción ganaban en sencillez. El calificativo de *preciosa* había pasado de moda; aún se recordaba, con una sonrisa, haberlo sido, pero ya no se era. Ya no se disertaba como en otro tiempo, hasta la saciedad, sobre el soneto de Job o de Urania, sobre la carta de Tendre o sobre el carácter del Romano; ahora «se conversa», se comentan las noticias de la corte y los recuerdos del sitio de París o de la guerra de la Guayana; el cardenal de Retz cuenta sus viajes; Monsieur de La Rochefoucauld moraliza; Madame de La Fayette reflexiona sobre sentimientos amorosos, y Madame de Sévigné los interrumpía a todos para citar una frase de su hija, alguna travesura de su hijo o una determinada distracción del bueno de Hacqueville o de Monsieur de Brancas. Es difícil para nosotros, en 1829, habituados como estamos a ocupaciones de tipo positivo, representarnos fielmente esa vida de ocio y de conversación. El mundo evoluciona tan rápidamente en nuestros días, y es tal el número de cosas que se ven arrastradas a la escena, que no disponemos del tiempo necesario para observarlas y aprehenderlas. Los días transcurren, para nosotros, en el estudio; las noches, en discusio-

nes serias: casi no hay tiempo para las conversaciones amistosas y las pláticas. La noble sociedad de nuestros días, que ha conservado el hábito del ocio de los dos últimos siglos, no parece haber podido conservarlos sino a condición de permanecer ajena a las costumbres e ideas actuales.⁶ En la época a que nos referimos, lejos de ser un obstáculo para seguir el movimiento literario, religioso o político, ese tipo de vida era el más idóneo para seguirlo: bastaba a veces con mirar por el rabillo del ojo y sin moverse de la silla; luego, el resto del tiempo, se podía holgar al gusto de uno y con los amigos. La conversación, por otra parte, no había llegado a ser, como lo sería en el siglo XVIII, en los salones abiertos en tiempos de la presidencia de Fontenelle, una ocupación, un negocio o una pretensión; no se trataba necesariamente de impresionar con una agudeza; el alarde geométrico, filosófico y sentimental no era de rigor; pero se hablaba de uno mismo, de los demás, de esto y de lo otro. Eran, como dice Madame de Sévigné, conversaciones «infinitas». «Tras la comida—le escribe a su hija—fuimos a conversar al bosque más bonito del mundo; estuvimos hasta las seis de la tarde charlando de gran variedad de temas de forma tan afable, afectuosa, amable y halagadora para ti y para mí, que me embargó la emoción».⁷ En medio de esta movida vida social, tan fácil y sencilla, tan caprichosa y tan seduc-

⁶ Después de que se escribiesen estas páginas, he tenido a menudo ocasión de observar con sumo gusto que se exageraba un poco esta decadencia del espíritu de conversación en Francia; sin duda el conjunto de esa sociedad no existe ya, pero quedan hermosos restos, rincones evocadores. Resulta tanto más exquisito gozar de ellos como si se tratara de un retorno y casi de un misterio.

⁷ Madame de Montpensier, que era de la misma edad que Madame de Sévigné, pero que se había ablandado un poco menos que ella, escribiéndole en 1660 a Madame de Motteville sobre un ideal de vida retirada que ella se había forjado, deseó que hubiera en ella *héroes* y *heroínas* de diversa índole: «Por eso nos es necesario—dice—toda clase de personas para poder hablar de todo tipo de cosas en la conversación, que, para vuestro gusto y para el mío, es el mayor de los placeres de la vida y casi el único de mi agrado».

toramente animada, una visita, una carta que llegaba, insignificante en el fondo, era todo un acontecimiento que producía un gran placer y del que se daba cuenta con entusiasmo. Las más pequeñas cosas propiciaban que se hiciese gala de estilo y de gusto por las formas; era el arte que, de manera inadvertida y al descuido, penetraba en la propia vida de uno. Recuerde-se la visita de Madame de Chaulnes a los Rochers. Se ha insistido mucho en que Madame de Sévigné cuidaba sobremodera el estilo de sus cartas, y que al escribirlas pensaba, si no en la posteridad, al menos en la sociedad de entonces, cuyo favor buscaba. Esto es falso; los tiempos de Voiture y de Guez de Balzac estaban ya lejos. Madame de Sévigné escribe a vuelapluma y lo más que puede; así, cuando le apremia el tiempo, apenas se relee. «La verdad es que—dice—se hace necesario, entre amigos, dejar correr la pluma al trote como quiera ella: la mía tiene siempre la brida sobre el cuello». Pero hay días en que, disponiendo de más tiempo y estando de mejor humor, Madame de Sévigné cuida, arregla y compone casi tanto como La Fontaine alguna de sus fábulas; tal la carta que dirige a Monsieur de Coulanges sobre los esponsales de Mademoiselle; tal la que escribe sobre ese pobre de Picard que ha sido despedido por no haber querido «segar el heno». Esta clase de cartas, brillantes por la forma y por el arte, y en las que no había pequeños secretos ni maledicencias, armaban ruido en la sociedad y despertaban en todos el deseo de leerlas. Como escribe Madame de Coulanges a su amiga:

No puedo olvidar lo que me sucedió esta mañana. Me anunciaron: «Ha llegado un lacayo de Madame de Thianges». Ordené que pasara, y he aquí lo que me dijo: «Señora, vengo de parte de Madame de Thianges para rogaros que le enviéis la carta del *caballo* de Madame de Sévigné, así como la de la *pradera*». Dije al lacayo que yo misma se las llevaría a su ama, y me lo quité de encima. Vuestras cartas arman todo el ruido que merecen, como veis; lo cierto es que son deliciosas y que vos sois como ellas.